

LIBRO 5

CUANDO DEJAMOS DE SER ESPECTADORES

Ciudadanía, participación
y el deber de involucrarse

Mirar ya no es suficiente.
Es tiempo de participar.
Es tiempo de construir.



VIA CÍVICA

Índice

El país también es nuestro (Introducción)	01
Ser ciudadano es algo más que vivir en un país	01
La crítica es necesaria, pero no puede ser nuestra única contribución	02
No todos tienen que hacer lo mismo	03
Involucrarse también significa asumir responsabilidades	04
El primer paso no tiene que ser extraordinario	05
Para reflexionar	06
El país no se reconstruirá desde las gradas	07



VÍA CÍVICA

El país también es asunto nuestro

Hay una forma cómoda de relacionarse con los problemas públicos: observarlos desde la distancia.

Se comenta lo que ocurre. Se critica a quienes toman decisiones. Se señala a los responsables. Se comparten noticias, opiniones y frustraciones. Todo eso puede ser necesario. Una sociedad necesita personas informadas y capaces de expresar lo que piensan.

Pero existe una diferencia importante entre **tener una opinión sobre el país y asumir alguna responsabilidad sobre él.**

Durante mucho tiempo, la política ha sido presentada como un asunto reservado para ciertas personas. Los políticos se ocupan de la política; los ciudadanos se ocupan de su vida. Cuando algo sale mal, se culpa a quienes gobiernan. Cuando aparece una oportunidad, se espera que algún dirigente encuentre el camino.

Esta división puede parecer natural, pero tiene un problema: deja los asuntos de todos en manos de unos pocos.

La política, entendida en su sentido más amplio, no comienza ni termina en un partido. Tiene que ver con las decisiones que afectan la vida común. La calidad de las escuelas, el funcionamiento de la justicia, las oportunidades económicas, la libertad de expresión, la seguridad y el uso de los recursos públicos son asuntos políticos porque afectan a personas reales.

Alejarnos completamente de esos asuntos no hace que desaparezcan.

Simplemente permite que otros decidan por nosotros.

Esto no significa que todos debamos convertirnos en dirigentes, candidatos o militantes. Una sociedad libre necesita muchas formas distintas de participación. Algunas personas asumirán responsabilidades dentro de organizaciones políticas. Otras trabajarán desde sus comunidades, profesiones, organizaciones sociales, medios de comunicación o espacios de formación.

Lo importante es comprender una idea sencilla: **el ciudadano no tiene que hacer todo, pero tampoco puede creer que no le corresponde hacer nada.**

Después de hablar del miedo, de la ruptura de la comunidad, de la responsabilidad moral y de la esperanza, este último cuaderno plantea una pregunta inevitable:

Si queremos una Nicaragua diferente, ¿en qué momento dejamos de ser simples espectadores y comenzamos a involucrarnos?

1. Ser ciudadano es algo más que vivir en un país

Muchas personas utilizan las palabras *habitante* y *ciudadano* como si significaran exactamente lo mismo. Pero existe una diferencia importante.

Un habitante vive en un lugar. Un ciudadano, además de vivir en él, reconoce que forma parte de una comunidad política y que existen asuntos comunes sobre los cuales tiene derechos, responsabilidades e intereses.

Ser ciudadano no significa estar pendiente de la política todos los días. Nadie debería medir la calidad de una persona por la cantidad de reuniones a las que asiste o por el número de opiniones políticas que publica.

La ciudadanía tiene una dimensión más profunda.

Significa comprender que existen cosas que no deberían dejarnos completamente indiferentes porque, tarde o temprano, terminan afectando nuestra propia vida y la de quienes nos rodean.

Cuando una persona afirma: *“La política no me interesa”*, generalmente no significa que las decisiones políticas no tengan consecuencias sobre ella. Significa que ha decidido mantenerse al margen de la discusión sobre esas consecuencias.

Pero la realidad continúa.

Las decisiones se toman.

Los recursos se administran o se desperdician.

Las leyes se aplican o se manipulan.

Los derechos se respetan o se vulneran.

Y alguien, siempre, participa en esas decisiones.

Por eso, abandonar completamente el espacio público no elimina nuestra relación con él. Solamente reduce nuestra capacidad de influir sobre aquello que otros harán de todas maneras.

Ser ciudadano, entonces, comienza con reconocer que **el país no es una propiedad de quienes gobiernan ni un escenario reservado para quienes pertenecen a una organización política.**

El país también pertenece a quienes trabajan, estudian, emprenden, educan a sus hijos, ejercen una profesión o participan en su comunidad.

Y precisamente porque pertenece a todos, todos tenemos alguna responsabilidad sobre el tipo de sociedad que permitimos construir.

2. La crítica es necesaria, pero no puede ser nuestra única contribución

Criticar es fácil. Participar es más difícil.

Esta afirmación no significa que la crítica sea inútil. Una sociedad democrática necesita personas capaces de señalar errores, cuestionar decisiones y exigir explicaciones. El silencio frente a los abusos nunca ha sido una virtud.

El problema aparece cuando la crítica se convierte en la única forma de participación.

Desde la distancia es posible encontrar defectos en cualquier organización, dirigente o propuesta. Y muchas veces

esos defectos existen realmente. Ninguna persona, partido u organización está libre de errores.

Pero existe una pregunta que también debemos aprender a hacernos:

Después de identificar el problema, ¿qué estoy dispuesto a hacer para contribuir a solucionarlo?

A veces la respuesta será sencilla: aportar una idea, compartir conocimiento, participar en una discusión o apoyar una iniciativa seria. Otras veces requerirá un compromiso mayor.

No todos tendremos la misma capacidad ni las mismas posibilidades. Pero una cultura ciudadana saludable necesita superar la idea de que nuestra única función es evaluar lo que hacen los demás.

Las organizaciones también necesitan ciudadanos exigentes que, en lugar de abandonarlas ante el primer error, estén dispuestos a ayudar a corregirlas.

Esto es especialmente importante para Nicaragua.

Si cada persona espera encontrar una organización perfecta antes de involucrarse, probablemente esperará para siempre. Las organizaciones están formadas por seres humanos y, por tanto, tendrán limitaciones, conflictos y errores.

La alternativa no debería ser aceptar todo sin cuestionarlo.

Tampoco abandonar cada espacio imperfecto.

La alternativa es aprender a participar de manera crítica.

Eso significa apoyar aquello que consideramos correcto, cuestionar aquello que consideramos equivocado y aportar para mejorar aquello que creemos que puede funcionar.

Una ciudadanía madura no necesita elegir entre obedecer ciegamente o retirarse por completo.

Puede participar sin perder su independencia.

3. No todos tienen que hacer lo mismo

Uno de los obstáculos que aleja a muchas personas de la participación es la idea de que involucrarse significa asumir una identidad política completa.

Alguien piensa que, si participa en una discusión pública, tendrá que convertirse en activista. Si colabora con una organización, deberá estar de acuerdo con todo lo que esta hace. Si se involucra en un proyecto, perderá su independencia.

Pero la participación puede adoptar muchas formas.

Una persona con conocimientos en educación puede aportar a la discusión sobre cómo mejorar las escuelas. Un profesional de la salud puede contribuir desde su experiencia. Un joven puede

involucrarse en procesos de formación. Un empresario puede apoyar iniciativas de desarrollo o crear oportunidades. Alguien con habilidades de comunicación puede ayudar a explicar ideas complejas de una manera comprensible.

También existen personas que decidirán participar directamente en organizaciones políticas. Esa es una forma legítima y necesaria de ciudadanía.

Pero no es la única.

Lo importante es abandonar una falsa alternativa: **o dedico mi vida completamente a la política o no tengo nada que aportar.**

Entre esos extremos existe un enorme espacio.

Podemos participar desde nuestra profesión.

Desde nuestra comunidad.

Desde una organización.

Desde un espacio de reflexión.

Desde la educación.

Desde la cultura.

Desde una causa concreta.

Desde la defensa de un principio que consideramos importante.

La pregunta no es qué tipo de participación es superior.

La pregunta es si estamos dispuestos a encontrar una forma responsable de aportar.

Una sociedad democrática necesita precisamente esa diversidad. Necesita dirigentes políticos, pero también maestros, empresarios, periodistas, profesionales, jóvenes, líderes comunitarios y ciudadanos que no ocupan ninguna posición visible.

El futuro de un país no puede depender únicamente de quienes aparecen en una boleta electoral.

4. Involucrarse también significa asumir responsabilidades

Es fácil pedir cambios cuando la responsabilidad siempre pertenece a otra persona.

Queremos mejores dirigentes, mejores instituciones y mejores decisiones. Todo eso es legítimo. Pero, tarde o temprano, también tendremos que preguntarnos qué estamos dispuestos a asumir nosotros.

La participación no consiste únicamente en reclamar derechos. También implica aceptar responsabilidades.

Cuando una persona se incorpora a un proyecto colectivo, tendrá que convivir con diferencias. Tendrá que cumplir compromisos. En ocasiones deberá aceptar que su propuesta no fue la

elegida. Otras veces tendrá que reconocer un error propio.

Esto puede resultar frustrante.

Pero ninguna comunidad puede construirse si todos desean influir y nadie acepta responsabilidades.

Una sociedad acostumbrada a vivir bajo decisiones impuestas desde arriba puede enfrentar una dificultad adicional: aprender nuevamente a participar sin esperar que alguien resuelva todos los desacuerdos.

La democracia requiere paciencia.

Requiere diálogo.

Requiere procedimientos.

Requiere aceptar que otras personas también tienen derecho a defender sus ideas.

Y, sobre todo, requiere aprender que participar no garantiza que siempre obtendremos lo que queremos.

La participación democrática no es un mecanismo para imponer nuestra voluntad individual. Es un proceso mediante el cual personas diferentes intentan encontrar decisiones que puedan sostener una convivencia común.

Esto exige algo que no siempre resulta cómodo: responsabilidad.

Ser responsable dentro de una organización significa cumplir con aquello que asumimos. Significa no exigir sacrificios que nosotros mismos no

estamos dispuestos a hacer. Significa cuidar los espacios colectivos incluso cuando existen diferencias internas.

Una Nicaragua democrática necesitará ciudadanos capaces de exigir mucho a sus dirigentes.

Pero también necesitará ciudadanos dispuestos a exigirse algo a sí mismos.

5. El primer paso no tiene que ser extraordinario

Uno de los grandes problemas de la desesperanza es que puede hacernos creer que, si no podemos hacer algo enorme, entonces no vale la pena hacer nada.

Pero la participación ciudadana rara vez comienza con grandes gestos.

Comienza con una conversación.

Con una pregunta.

Con el deseo de comprender mejor un problema.

Con la decisión de asistir a un espacio donde antes no participábamos.

Con la disposición de ofrecer una capacidad que puede resultar útil.

No todas las personas están llamadas a asumir los mismos riesgos ni las mismas responsabilidades. Las circunstancias personales importan. También importa la seguridad de cada persona y de su familia.

Por eso, involucrarse no puede convertirse en una exigencia uniforme.

Cada persona tendrá que evaluar sus posibilidades.

Pero siempre vale la pena preguntarse si existe algún espacio, por pequeño que sea, desde el cual podemos dejar de ser únicamente observadores.

Podemos comenzar por informarnos mejor.

Podemos participar en espacios de formación.

Podemos conversar con respeto con personas que piensan diferente.

Podemos apoyar iniciativas que consideramos valiosas.

Podemos aportar nuestros conocimientos profesionales.

Podemos ayudar a otros a comprender un problema.

Podemos asumir una responsabilidad dentro de una organización.

Lo importante es recordar que las sociedades no cambian únicamente cuando aparece una figura extraordinaria.

Cambian cuando suficientes personas comunes deciden que los asuntos comunes también les pertenecen.

Quizás ninguna de nuestras acciones individuales transforme por sí sola el país.

Pero la ausencia de participación de millones de personas sí transforma una sociedad.

La deja en manos de quienes siempre están dispuestos a ocupar el espacio vacío.

Para reflexionar

La pregunta por la participación no debería convertirse en una competencia sobre quién hace más por Nicaragua. Cada persona enfrenta circunstancias diferentes y tiene distintas posibilidades de contribuir.

Pero todos podemos preguntarnos:

- ¿Qué asuntos públicos me preocupan realmente?
- ¿Me he acostumbrado a criticar sin buscar ninguna forma de aportar?
- ¿Estoy esperando encontrar una organización perfecta antes de participar?
- ¿Qué capacidades, conocimientos o experiencias podría poner al servicio de otros?
- ¿Puedo participar de manera crítica sin sentir que debo estar de acuerdo con todo?
- ¿Cuál sería un primer paso realista que podría dar?

Las respuestas serán diferentes para cada persona.

Pero una ciudadanía activa comienza precisamente cuando dejamos de pensar que la responsabilidad siempre pertenece a alguien más.

El país no se reconstruirá desde las gradas

Es posible pasar años observando la historia y esperar el momento en que aparezcan las condiciones perfectas para involucrarse.

Pero ese momento probablemente nunca llegará exactamente como lo imaginamos.

Siempre habrá incertidumbre.

Siempre existirán organizaciones imperfectas.

Siempre habrá razones para desconfiar, para esperar o para pensar que otro está mejor preparado.

Sin embargo, una democracia no se sostiene únicamente con personas que tienen buenas opiniones sobre lo que debería hacerse.

Necesita ciudadanos dispuestos a involucrarse.

Algunos lo harán desde la política. Otros desde su profesión, su comunidad o una organización social. Muchos simplemente comenzarán participando en espacios donde puedan aprender, dialogar y aportar.

No existe una única puerta de entrada a la vida pública.

Lo que importa es comprender que **quedarnos completamente al margen también tiene consecuencias.**

Después del miedo, necesitamos recuperar la persona.

Después de la fragmentación, necesitamos recuperar la comunidad.

Después de acostumbrarnos a lo incorrecto, necesitamos recuperar criterios y responsabilidades.

Después de la desesperanza, necesitamos dejar de esperar pasivamente el futuro.

Y finalmente, necesitamos dar un paso más: **involucrarnos.**

No porque cada ciudadano tenga que convertirse en político.

Sino porque ningún país puede construir una democracia sólida con ciudadanos que creen que la democracia es únicamente responsabilidad de quienes gobiernan.

La Nicaragua que venga necesitará instituciones mejores.

Necesitará justicia.

Necesitará oportunidades económicas.

Necesitará dirigentes capaces.

Pero también necesitará algo que ninguna ley puede crear por decreto: **ciudadanos que entiendan que el país no es un espectáculo que se observa desde lejos.**

El futuro de Nicaragua será, inevitablemente, el resultado de decisiones políticas.

Pero también será el resultado de una decisión mucho más personal que cada ciudadano tendrá que tomar:

¿Voy a seguir esperando que otros hagan algo por mi país, o voy a encontrar mi propia manera de formar parte de lo que viene?

Ese es, quizás, el paso más importante.

Porque la reconstrucción de un país comienza realmente cuando suficientes personas dejan de preguntarse solamente **quién lo va a cambiar**.

Y comienzan a preguntarse:

¿Dónde puedo aportar yo?



www.viacivica.org